

Perros de caza

Son escasas las modalidades de caza mayor o menor que de una u otra forma no cuentan con **la activa participación del perro**. Pocas uniones de especies tan dispares han dado lugar a tal simbiosis, la del cazador con su perro o la del rehaleiro con su recova

POR **MARCELO VERDEJA**
FOTO **FABIÁN SIMÓN**

El anterior Ministerio de Medio Ambiente con el Real Decreto 1559/2005, sobre sanidad animal, obligaba a los propietarios o conductores de rehala a la desinfección de perros y vehículos, en un centro autorizado, antes y después de una jornada de caza, haciendo imposible la desinfección, primero por la escasez prácticamente total, de centros autorizados y, segundo, por la incompatibilidad de horarios entre rehaleiros y el centro. Esto estuvo a punto de acabar con la caza en batida y montería la pasada temporada y gracias a que el que tenía que hacer cumplir la ley, en muchos casos hizo un poco la vista gorda, sabiendo que era imposible cumplir semejante despropósito, sumado esto al caos legislativo que en materia de caza suponen las 17 leyes distintas que rigen en las distintas Comunidades Autónomas.

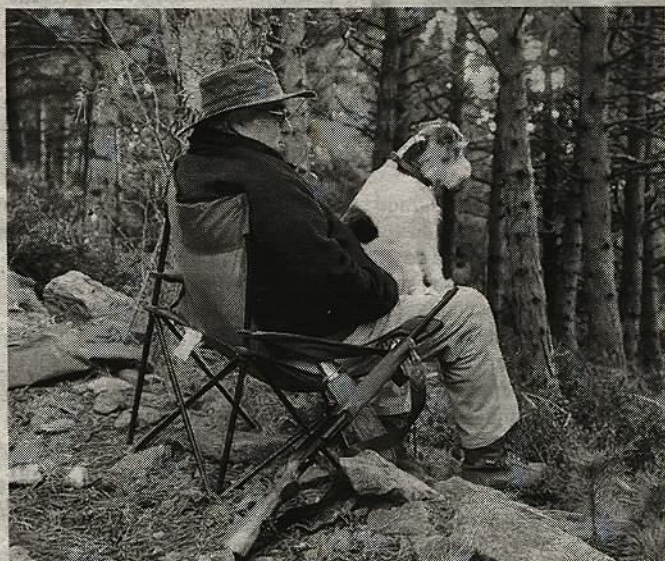
En una reciente reunión mantenida por la Real Federación Española de Caza con los responsables del nuevo Ministerio de MAMRA, la Dirección

General de Sanidad Animal se ha comprometido a modificar el artículo 5.2 del Real Decreto 1559/2005, permitiendo que la desinfección de los vehículos de transporte de rehalas pueda ser efectuado por el rehaleiro o titular del coto fuera del núcleo zoológico, es decir, una rehala que esté en una localidad determinada un jueves podrá trasladarse a otras localidades el viernes, sábado y domingo, siempre que antes haya desinfectado in situ su vehículo sin necesidad de volver al centro de desinfección. Para lo cual se facultará a los propietarios o conductores de rehalas como «personal autorizado» a realizar dicha desinfección, aunque se pondrá un plazo máximo de validez de diez días desde la última desinfección en un centro autorizado.

Aunque esto supone un gran avance en el controvertido tema del tratamiento de las rehalas como ganado doméstico, aún quedan en el aire una serie de preguntas que seguramente se irán solucionando a medida que se avance en el desarrollo de esta modificación en el artículo 5.2.

¿Quién facultará y cómo a los rehaleiros a realizar la desinfección? ¿Qué tipo de productos se usarán en la desinfección y que efectos tendrán sobre los perros? Tal vez el fondo del problema, es que ni siquiera los propios cazadores valoramos en su justa medida la contribución de los perros de rehala en la caza y el esfuerzo que supone mantenerla y cuidarla.

El ministerio de Medio Ambiente modificará el actual sistema de desinfección de perros y vehículos de caza



La estampa del cazador con su perro. ¡Qué gran simbiosis!



Salto en paracaídas

Es **un ejercicio emocionante**, que requiere condiciones y entrenamiento, pero es accesible. Hay algo que asegura el paracaidismo: durante unas horas no hay nada más en la vida. Y es que a 4.000 metros de la tierra los problemas se vuelven insignificantes

POR **J. A. MIQUEL SILVESTRE**

Desde que me rompí el codo izquierdo en un accidente de motocicleta no había vuelto a saltar en paracaídas. Los aterrizajes requieren coordinación en los brazos y el mío estaba bastante inútil. Pero diez meses de inactividad son muchos para un paracaidista. El salto es como el toreo. He oído decir que los matadores, si dejan de torear varios meses, pierden la costumbre y su lugar lo ocupa el temor. Yo quería seguir lidiando nubes. Decidido a romper el maleficio del miedo, viajé recientemente a Ocaña para saltar a 4.000 metros de altitud. Mi interés por el paracaidismo comenzó en el servicio militar. Me tocó por sorteo la Brigada Paracaidista. A falta de suficientes vocaciones, la BRIPAC se nutría de desmotivados quintos de reemplazo como yo. No hice el curso. Para ser para-

caidista debía firmar como profesional, con un compromiso de dieciocho meses. A mí ya me parecía suficiente con un año de privación de libertad.

Caída libre

En la Escuela de Paracaidismo de Ocaña dan cursos de Caída Libre Acelerada (1.380 euros). Antiguamente, a la caída libre sólo se llegaba después de muchos saltos en automático, el clásico de las películas bélicas. A poca altura, el paracaidista va unido al avión con una cinta. Al saltar, ésta se encarga de extraer la campana casi de forma inmediata. No hay sensación de caída y la maniobrabilidad es mínima.

En caída libre, el paracaidista abre manualmente después de un vuelo vertical de, como mínimo, cincuenta segundos en el que alcanza 200 kilómetros por hora. Tras un día de clases teóricas, el alumno saltará a 4000 metros acompaña-

do por dos monitores. Pero será él quien tenga que abrir el paracaídas y aterrizar. El curso completo son siete saltos en los que irá superando ejercicios que le habilitan para hacerlo solo. Si luego quiere saltar con un compañero, deberá hacer 25 saltos más y pasar el examen del título A, que acredita que sabe maniobrar de forma precisa, pues lo más peligroso de este deporte es una colisión entre paracaidistas.

El día elegido las nubes estaban altas y no impedían el salto. El viento era suave y constante. En la escuela encontré a Iñaki, su fundador. Iñaki es un ex economista que decidió convertir en profesión lo que era pasión. Me pregunta si mi licencia federativa está vigente. «Sí», contesto. «¿Cuánto llevas sin saltar?». «Diez meses». «Tendrás que hacer un salto supervisado». La seguridad es lo primero. Un monitor comprobará que no soy un peligro ni para mí ni para los demás. Agustín Muñoz saltará conmigo. Recuerdo mi primer salto. La pequeña avioneta Pilatus cargaba con ocho paracaidistas. Cuando se abrió la puerta, casi me quedé paralizado al ver cómo eran inmediatamente absorbidos por el vacío. Me coloqué de rodillas paralelo a la



Todavía a 4.000 metros: el paracaidas se abrirá a 1.200 metros de la tierra

apertura y esperé la señal. Tenía que relajarme y arquear ofreciendo la pelvis como punto más bajo para que el viento me sustentara. Cualquier intento de lucha sería inútil. En el aire no hay sitio donde agarrarse y si lo intentas, sólo conseguirás que el viento te maneje como a un pelele. Cuando salté, mi cerebro sufrió una sobrecarga sensorial totalmente desconocida hasta entonces. No estamos diseñados para arrojarlos al vacío. Me encogí como acto reflejo de defensa. Justo lo que no debía hacer. Sentí entonces una violenta sacudida. Eran los monitores, que me sujetaron a cada lado para mantenerme estable a la fuerza. Tras un par de segundos de bloqueo, completé el primer nivel sin demasiados problemas.

Antes de hacerlo nosotros, saltaron los tamdems. El salto tandem (185 euros) es el método más sencillo de experimentar la caída libre. Se salta atado a un monitor y él se encarga de todo. Sé que son seguros, si no, no le hubiera regalado uno a mi madre cuando cumplió setenta años.

El equipo necesario

Mientras espero el vuelo me preparo. Lo primero, ropa de abrigo ligera y resistente, sin solapas ni nada que pueda alejarse. El altímetro, auténtico seguro de vida. Las gafas de salto. Imprescindibles. El casco



Preparando el «operativo» del salto

de resina. Y finalmente, el paracaídas, formado por el contenedor, la campana principal y la de emergencia. Los equipos actuales son muy resistentes y ligeros. Van provistos de un sistema informático que hace saltar la campana de emergencia si a una determinada altura se desciende a demasiada velocidad. Con eso se garantiza que aun sufriendo un desvanecimiento, el paracaídas se abrirá. Un equipo nuevo puede costar entre seis y doce mil euros, pero hay buenas oportunidades de segunda mano y en cualquier caso, en el centro se pueden alquilar por quince.

Subimos a la Pilatus. La plaza cuesta 24 euros. Desapare-

cen todas las preocupaciones. Cuando uno está a punto de arrojar al cielo azul, se tornan insignificantes todos los demás asuntos. A 3.500 metros nos colocamos las gafas, el casco y nos saludamos frotando los dedos de la mano derecha y entrecuchando los nudillos. La puerta se abre a 4.000. Ha llegado el momento de la verdad. Agustín se coloca entre el estribo y el ala para verme salir. Cuando me da la señal, me lanzo al vacío. Tras una voltereta, arqueo, me estabilizó y enseñada le veo enfrente de mí. Todo va bien, le digo por gestos.

La sensación es deliciosa, el aire huele a ozono limpio y el viento acaricia todo mi cuer-

po. La tierra se aproxima a toda velocidad. Juego un poco y abro a mil doscientos. Siento una fuerte sacudida al abrirse la campana. Miro hacia arriba y compruebo que los cables no se han enroscado entre sí. Agarro los mandos y tiro de los frenos; funcionan bien. Planeo con calma sobre la meseta toledana. Al ver el penal, me acuerdo de aquel paracaidista que cayó dentro del patio. Yo no he ido nunca tan lejos, pero en mi tercer salto caí detrás de la autopista y tuvieron que venir a buscarme en furgoneta.

En el tránsito final, vuelo paralelo a la pista de aterrizaje del aeródromo con cuidado de no cruzarla, podría encontrarme con un velero despegando. A 100 metros de altura hago un giro de noventa grados para ponerme de cara al viento. A dos, tiro de los frenos y el campo arado me recibe con suavidad. Mientras recojo la tela, veo al resto de paracaidistas tomando tierra. Recuerdo entonces las palabras de Agustín cuando surcábamos el mar de nubes hace apenas unos minutos. «¿Puede haber un trabajo mejor que el mío?». Imposible, pienso mientras me dirijo al «manifest» para apuntarme en el siguiente vuelo.

Centro de Paracaidismo de Ocaña.
Tel.: 91 129 93 76. www.skydive.madrid.
Real Federación Aeronáutica Española.
www.rfae.org

ACTUALIDAD NATURAL

Mónica Fernández-Aceytuno



CORMORANES

Como esta semana hubo luna llena, subió y bajó la marea cinco metros.

Por aquí tiene el mar puntas que cubren y descubren con las mareas, catedrales sumergidas cuyas piedras están colonizadas por lapas, balanos y algas, en vez de musgos, helechos y líquenes. Y en lo alto de esas catedrales, donde no hay marea que llegue a cubrirlas, anidan los cormoranes. Ya de lejos, parece el islote una montaña rocosa espolvoreada de nieve, que es el guano que delata la nidada, y es más blanca la roca hacia el suroeste, donde da el sol más cálido, porque los cormoranes, cuando están posados, suelen estar casi siempre mirando hacia el sol, con las alas abiertas, hay quien dice que para secar las plumas, y quien para hacer la digestión al sol.

Un cormorán es casi tan grande como un ganso, pero es mucho más oscuro, casi negro, y en estas colonias de los islotes se ve que los pollos del año son mucho más claros, casi blancos. Pero lo más llamativo de un cormorán, es la esbeltez del cuello, de tal manera que cuando nada para pescar, es casi lo único que le asoma, con el pico apuntando hacia arriba, como una señora que no quisiera evidenciar la papada, y entonces parece el cormorán de cuello aún más largo, como una serpiente, como un monstruo del lago Ness que emergiera del agua, y justo ahí, donde está el cormorán, solitario, flotando sobre el mar, sumergiéndose para salir después volando con el pez en el buche, es donde están los mejores bancos de peces. No hay mejor pescador que ellos. Y ninguna ave como el cormorán, vuela en el agua. Cuando sale, emprende un vuelo potentísimo, en horizontal y justo a ras del mar, que ahora en otoño está calmo, plateado y gris; y mientras ves al cormorán contra el sol, te parece que lleva en su vuelo la mejor parte de tu alma.

Dentro de poco empezarán los temporales y los naufragios de los buques que arriban por vez primera y desconocen las puntas que cubre y descubre el oleaje. Pero ahora tiene el mar esa calma que precede a la tempestad y que es un volver a empezar porque ara y fertiliza las aguas, y salpica de olas y espuma las piedras que no alcanzaba ni con las mejores mareas, diciendo el mar, que todo aquí, es suyo.

www.aceytuno.com